

Revista de Occidente



DEPORTE Y MODERNIDAD UNA CULTURA ENSIMISMADA: ESPAÑA Y OCCIDENTE ENTREVISTA CON JACQUES DERRIDA

ENRIQUE LARAÑA: *Los nuevos deportes en las sociedades avanzadas* • ENRIQUE GIL CALVO: *La educación de la rivalidad o la pasión recompensada* • MILA GARCÍA BONAFÉ: *Notas para una historia del deporte en España* • PIERRE PELLEGRINO y FILOMENA PAIVA: *El territorio de la identidad y la figura del árbitro* • JOSÉ MARÍA ODRIÓZOLA: *¿Es sano hacer deporte?* • NÚRIA PUIG: *El deporte y los estereotipos femeninos* • JESÚS POLO DEL BARRIO: *El fútbol español hasta la guerra civil* • JORGE VALDANO: *El miedo escénico* • JOSÉ CARLOS MAINER: *La cultura española y su relación con la cultura occidental* • HUGH SETON-WATSON: *Este y Oeste en Europa* • RAMÓN GARCÍA COTARELO: *Nación, nacionalidad y nacionalismo* • ROBERTO CORTÉS CONDE: *Las finanzas y la formación de los Estados nacionales en Hispanoamérica* • CARMEN GONZÁLEZ-MARÍN: *Entrevista con Jacques Derrida* • CÉSAR SIMÓN: *Cuatro poemas*

SUMARIO

ARTICULOS

Los nuevos deportes en las sociedades avanzadas. Enrique Laraña Rodríguez-Cabello. 5

La educación de la rivalidad o la pasión recompensada. Enrique Gil Calvo. 23

Notas para una historia del deporte en España. Mila García Bonafé. 35

El territorio de la identidad y la figura del árbitro. Pierre Pellegrino y Filomena Paiva Silvano. 51

¿Es sano hacer deporte? José María Odriozola. 59

El deporte y los estereotipos femeninos. Núria Puig. 71

El fútbol español hasta la guerra civil. Jesús Polo del Barrio. 85

El miedo escénico. Jorge Valdano. 103

ENSAYO

La cultura española y su relación con la cultura occidental. José Carlos Mainer. 110

Este y Oeste en Europa. Hugh Seton-Watson. 126

Nación, nacionalidad y nacionalismo. Ramón García Cotarelo. 138

Las finanzas y la formación de los Estados nacionales en Hispanoamérica. Roberto Cortés Conde. 152

ENTREVISTA

Jacques Derrida: leer lo ilegible. Carmen González-Marín. 160

CREACION LITERARIA

Cuatro poemas. César Simón. 183

TEMAS DE LIBROS

Los españoles y el deporte. Enrique Laraña Rodríguez-Cabello. 188

Biología y moral. José Ferrater Mora. 190

Ruiz Castillo: recuerdos de un español escéptico. Luis García de Valdeavellano. 192

Libros seleccionados. 195

DISCOS

Richard Wagner: *Tristán e Isolda.* Arturo Reverter. 197

Hugo Wolf: *Selección de lieder.* Enrique Pérez Adrián. 199

El territorio de la identidad y la figura del árbitro

P. Pellegrino y F. Paiva Silvano

En nuestras investigaciones sobre la formación de la identidad cultural local y regional, hemos encontrado con frecuencia relatos que vinculan la afirmación de una identidad territorial con antagonismos de vecindad expresados en la evocación de encuentros deportivos, particularmente en relación con deportes de equipo. Observamos en estos relatos que el enfrentamiento deportivo, sobre todo en el fútbol, se utiliza para representar conflictos que forman parte de las relaciones entre localidades.

Por ejemplo, en el caso de una localidad que dentro de una región agrícola se ha inclinado recientemente hacia un desarrollo industrial, distanciándose así de otros pueblos de alrededor, observamos que la búsqueda de una nueva identidad se efectúa a partir del establecimiento de relaciones preferenciales con la ciudad próxima, así como de la interiorización de valores urbanos. En las conversaciones que hemos mantenido con ellos, los habitantes nos exponen los conflictos con pueblos de los alrededores que se derivan de este hecho en el plano deportivo; las peleas se atribuyen siempre a las otras localidades, consideradas responsables porque no respetan las reglas del juego y se dejan arrastrar a comportamientos agresivos. Esta población, encaminada a un desarrollo industrial, afirma así su

diferencia en el respeto a las reglas del juego deportivo, y su identidad urbana en el reconocimiento del juego como tal.

Evidentemente se trata en este caso de una representación de sí mismo que se corresponde con una representación del mundo y de las relaciones que hay que garantizar con los demás para ser aceptado en un mundo de competencia opuesto a un medio de conflictos. Nos encontramos aquí en el nivel de la afirmación de una unidad social a través de un ritual que la opone a otras, y en el que encuentra tanto su cohesión como su sentido.

En cuanto representación, esta localidad aparece como resultado de un proceso de cambio en el que las relaciones económicas y sociales, así como las imágenes —surgidas en tiempos distintos— de uno mismo y de otros, se conjugan en una totalidad estructurante.

Hoy las relaciones ritualizadas establecidas entre semejantes continúan e incluso presentan una cierta capacidad de actualización; no es ya la visita a la iglesia o la taberna, sino al café; ya no es el baile, es el fútbol. Los lugares cambian, pero los comportamientos amistosos o agresivos continúan, y marcan las diferencias entre los pueblos.

De esta forma aparece en las conversaciones, enunciado en términos de sustitución, el paso del baile al fútbol; en el baile los antagonistas se sitúan frente a frente, y la medida de sus fuerzas respectivas permite la reactualización de la identidad de cada uno; en el partido, la competición tiene por función la jerarquización de varios grupos de acuerdo con sus competencias técnicas. El paso de uno a otro supone la existencia de un tercer término, el árbitro, como tercero excluido del juego; éste no lleva el mensaje del protagonista al antagonista (papel del ayudante, del entrenador), sino que garantiza el cumplimiento de una ley común de clasificación jerarquizante.

De modo general, el paso de la fuerza física a la competencia técnica, y de la lucha abierta a la competición, son transformaciones que, sobre el eje diacrónico, conducen de la sociedad rural a la urbana. El árbitro es,

para el juego, el garante de un régimen social donde las reglas son iguales para todos; reglas cuyo cumplimiento exige competencia y desplazamiento de la oposición hostilidad/amistad hacia la oposición éxito/fracaso. La transformación del ritual es aquí análoga a la transformación de la propia sociedad.

Paralelamente, las relaciones con la ciudad cambian, lo que se refleja tanto en la estructura socioeconómica como en las costumbres, en la forma de vivir y en el sistema de valores. Las relaciones con los otros ya no son únicamente relaciones de comunidad, sino que aparecen como relaciones entre individuos, y de éstos con sus grupos respectivos. Puesto que en la ciudad estas relaciones afectan desde fuera a los valores de la comunidad al introducir una inversión de los puntos de vista, se corre el riesgo de que la propia comunidad resulte desestructurada; con frecuencia, ésta reacciona reafirmandose mediante la reproducción, al menos parcial y de acuerdo siempre con sus mitos fundacionales, de sus antiguas estructuras, que intenta hacer coincidir con los nuevos marcos relacionales.

En las relaciones de vecindad entre pueblos, cada uno se apropia de todo lo percibido como un valor, en detrimento de los otros; si las rivalidades se apoyan sobre la acumulación de valores dentro de un pueblo, en una comunidad de semejantes, estas rivalidades resultan desplazadas por el ritual del conflicto y la alianza en la relación con otros pueblos. En el encuentro deportivo, por el contrario, la acumulación de valores —de puntos— en un campeonato es acaparada en primer lugar por el equipo; y si surgiesen rivalidades entre equipos, éstas se verían confirmadas por el individuo autor de la hazaña técnica por medio de la cual se obtiene la victoria. Tensión hacia el otro y tensión hacia un objetivo que hay que ser el primero en realizar se confunden así en la posesión del valor. En los conflictos entre pueblos se trata de imponer al otro el propio valor; en el encuentro deportivo se trata de cumplir con las reglas del juego mejor que el otro. Esta

ley supone una actualización sólo relativa del valor, que se mantiene sin embargo intacto en cuanto sistema de medida. Al mismo tiempo dirige las relaciones entre semejantes cuidando de que no se reproduzcan las diferencias, sino que se creen otras nuevas; para que haya juego es preciso que, al menor vitualmente, no gane siempre el mismo.

La realización de la rivalidad en una competencia, la competición, es la puesta en juego de una habilidad que se supedita a un sistema de condiciones libremente aceptadas. Hay arbitraje cuando, en el enfrentamiento, es necesario interpretar la regla y los competidores no llegan a un acuerdo. Cuando los rivales son iguales ante la regla, el árbitro tiene el poder de interpretarla contando para ello, en el fútbol, con la ayuda de los jueces de línea; uno y otros constituyen un poder jerarquizado que se aplica a una estructura de competencias virtualmente iguales, la de los jugadores. Incluso en caso de fallo, el error siempre puede ser corregido, como ocurre por ejemplo con el penalty detenido por el portero; si el castigo, en el caso de rectificación de una transgresión de la regla, no es un estigma, al menos en principio, lo esencial es dejar siempre abierta la posibilidad del juego; es en el juego donde puede efectuarse la competencia como actuación positiva; sólo en él puede reproducirse la ley de la competición, en la que todos están de acuerdo.

La actuación positiva es la realización de la competencia en la producción e interpretación de los papeles de cada uno dentro del juego, así en la realización de los tantos. Pero esa actuación positiva consiste también en llevar a cabo una selección entre las competencias de cada jugador; sin embargo, esta selección no se acaba nunca, puesto que un próximo encuentro replanteará todo de nuevo desde el prisma de la competencia; aunque los triunfos sean acumulativos, las competencias, diacrónicamente, no lo son, ya que cualquier jugador puede ser apartado de la selección en el transcurso de un partido.

Por todo ello, si la unidad de un equipo exige que forme su personalidad colectiva a partir de una identidad global,

en la que unos y otros se reconozcan como semejantes en el seno del grupo, la competencia del equipo exige a su vez que esa identidad pueda mantenerse a través de una organización del juego basada en competencias funcionalmente diferentes, de donde se deriva un reparto de roles; y, finalmente, la actuación positiva del equipo produce una identidad exclusiva donde las diferencias ya no son funcionales, sino que llevan a eliminar las individualidades que no han observado una actuación positiva; la jerarquización en el interior del grupo se acepta, en efecto, por cuanto gracias a ella se afirma la primacía del grupo en relación a los otros.

En cuanto al árbitro, nunca interviene en este proceso de selección y unificación de los jugadores; si él es el garante de las reglas por las que se miden las competencias de cada uno, sin embargo sus juicios no se refieren a los triunfos de los actores del juego. De ahí su actitud puritana, su posición ajena al juego de los triunfos, que asegura la libre competencia; de ahí también la importancia de su mirada, que no debe ser nunca una mirada seducida, ya que la seducción es ante todo una manipulación, un engaño, en este caso referido al respeto que se debe a las reglas del juego.

El árbitro sanciona una mala realización de la competencia cuando la actuación rebasa una serie de comportamientos programados; esperamos que su juicio se refiera al respeto a las reglas del juego en sentido absoluto; es razonable que su punto de vista no se centre demasiado en lo particular. En oposición tenemos el punto de vista del espectador, cuyo juicio está centrado en sus preferencias y sólo admite el respeto a las reglas del juego ante la perspectiva del triunfo; lo demuestra el hecho de que juzga no sólo la actuación de los jugadores, sino también la del propio árbitro, que nunca debe ser la de un aliado ni la de un contrincante.

Si el árbitro toma el balón al final del juego es porque debe aparecer, por una parte, totalmente fuera del partido, y por otra como garante del juego; como el que asegura que

nunca su instrumento, el balón, puede llegar a ser posesión definitiva de uno u otro de los antagonistas.

El espectador juzga así la actuación en el juego a través de una distribución de competencias, de comparaciones basadas en el movimiento de las posiciones funcionales y en el modo de pasarse el balón unos a otros para conseguir el gol.

El balón es el instrumento de la victoria, y la forma de hacerlo circular indica el estilo según el cual cada equipo piensa llegar a ganar. O bien el balón se pasa a distancia, y las relaciones entre los jugadores están programadas para realizar la alteridad dentro del conjunto, del equipo considerado como un solo cuerpo cuyos miembros se diferencian claramente unos de otros; o bien el balón se pasa siempre al más próximo adelantándolo progresivamente, en un desplazamiento y una conmutación de posiciones en las que interviene todo el equipo, arriesgándose a perderlo antes de conseguir el gol. O bien, finalmente, se trata de arrebatar el balón al contrario, anulando su juego, desestructurando su comportamiento programado, así como las relaciones de alteridad que fundamentaban la oposición, tal como habían sido previstas por el otro conjunto.

Y es precisamente en el estilo donde se afirma la identidad global del grupo y su unidad frente al adversario; el estilo es también interiorización de la interpretación colectiva de las reglas de la competencia hasta en el cuerpo de cada uno de los jugadores, antes incluso de haberse exteriorizado en su presentación como espectáculo y ofrecido a la percepción del público, ya que se trata no sólo de ganar el partido, sino también de ganar la adhesión de los seguidores.

La alienación del espectador a través de la seducción por el estilo, la delegación de su competencia en los jugadores, es condición indispensable del juego; garantiza la identificación del seguidor con su equipo y la validez de la competencia desarrollada por los jugadores en la realización del triunfo. Cuando el partido se aleja del juego entre competencias y triunfos y vuelve al enfrentamiento físico,

al margen de cualquier regla, el propio espectador, alienado él mismo, vuelve a la lucha abierta, en una regresión de su comportamiento que va más allá de toda urbanidad y de todo intercambio simbólico reglado por la libre competencia.

En la sociedad tradicional, el baile, con la presencia de mujeres y el riesgo de su intercambio, es el pretexto para la manifestación de una agresividad que enfrenta a grupos territorialmente definidos. Aquí la mujer lo es todo a la vez: espectador, árbitro y recompensa por la victoria. La mujer tiene que asistir a la lucha y juzgar la limpieza del enfrentamiento; únicamente en este caso aceptará ser la recompensa del vencedor.

En el fútbol, propio de sociedades urbanas, la mujer desaparece como pretexto de la confrontación y no tiene que juzgar, al menos como tercero, ni sirve de recompensa por la victoria. El pretexto de la confrontación ya no es la mujer, sino la parcialidad del árbitro, la interpretación de las reglas de equidad en el intercambio simbólico. La distanciación del árbitro es, pues, a la vez garantía de la sublimación del juego en un intercambio de valores simbólicos, y objeto de polémica para el público, al oponer a las astucias del jugador su firme voluntad de hacer respetar las reglas.

El árbitro no se opone a una forma de teatralidad en la que se mantiene el distanciamiento; sí se opone, en cambio, a una teatralidad dionisiaca en la que el actor, el jugador apasionado y apasionante, mantiene al espectador en una ciega identificación, que hace aflorar sus más salvajes impulsos.

Así, el árbitro siempre es odiado, incluso en secreto; impide la total identidad del espectador y del actor, al volver su mirada hacia la regla y al discutir la interpretación de ésta. Al imponer condiciones, impone también la sociabilidad entre los competidores, exigiendo racionalidad en lo irracional, induciendo distanciación en la interiorización y en la proximidad.

No hemos tratado aquí del conjunto de los medios

técnicos sobre los que descansan los resultados, ni de las inversiones financieras que transforman un equipo en una empresa; no era ése nuestro propósito. Sin embargo, podemos apuntar brevemente que las autoridades de los clubs deportivos no tienen nunca una conexión directa con el juego; en el caso del árbitro, esta relación es un poco como la del narrador que, en sus textos, jamás se introduce como sujeto de los enunciados. Tampoco hemos tratado acerca de la publicidad ni de los *media*; si la publicidad sitúa a cada uno en igualdad frente a ella misma, y no denigra a nadie, contentándose con aceptar la hazaña, a poco que su autor consienta en utilizarla en beneficio de la promoción de un producto, el periodista deportivo equilibra su comentario entre un juicio positivo del triunfo y un juicio negativo de la derrota y propende a un relato integral insinuado ya en el juego. Si la publicidad intenta que el público se adhiera al jugador al mismo tiempo que al producto, el periodista tiende más bien a establecer una distancia, tanto más cuanto que, al erigirse en juez del triunfo, tiende a menudo a demostrarlo. En cuanto al árbitro, como ya hemos visto, sólo juzga de modo absoluto lo que se refiere a las reglas, sin comprometerse en el juego.

Podemos concluir que, mientras el sistema de medios técnicos y de inversiones financieras refuerza el fenómeno del grupo, instituyéndolo sobre el modelo de la empresa, el campo de la publicidad y de los *media*, al interponerse entre el espectador y el actor, vuelve a arrojar a éste en la masa impersonal, lo que le concede un espacio de discusión sin fin y de placer estético en la inacción y al mismo tiempo, le proyecta en un juego imaginario, dejándolo con su deseo de una sociabilidad interactiva y de un cuerpo en acción, cautivado por lo que más le falta en una sociedad de masas, alteridad de grupo y una identidad personal reconocida. También a esto se opone el árbitro con su figura austera, al tiempo que lo hace posible.

P. P. y F. P. S.

Traducción: *María Gloria Brage Ballesteros.*